



El Hacedor de Arcoiris

Hace mucho tiempo, vivía en un pueblo muy lejano, un curioso niño llamado Luciano. Su madre salía a trabajar temprano y regresaba tarde. Es por esto que lo dejaba encerrado en su pequeña y oscura casa.

Solo y aburrido, el niño se quedaba contemplando unas praderas, tras la única ventana de su hogar. Un día, Luciano vio por la ventana algo inesperado. La abrió rápidamente y saltó por esta. Luego, empezó a correr por las praderas. Cuando estuvo suficientemente cerca, vio con mayor detalle a una inusual anciana. Parecía haber vivido una y mil vidas, sentada en ese solitario lugar. Ella al verlo, lo llamó por su nombre "Luciano". Él la miró con asombro y después con ternura. Ella le pidió que le ayudara a pararse. El niño accedió, sin pensarlo. Después, la anciana le entregó un pequeño cofre de metal que tenía una misteriosa inscripción "El prisma dispersa". Él lo recibió y se quedó observándolo. Al ver hacia adelante, la anciana había desaparecido. El niño, entristecido decidió abrir el cofre. Dentro de él, envuelto en un pañuelo, se encontraba una pequeña pirámide transparente. Parecía estar hecha de vidrio. Él pensó que aquello, como decía la inscripción, debía ser un prisma. Asombrado, jugó con él. De repente ocurrió algo extraordinario. Desde el prisma salió un pequeño arco de colores que se desplegó ante sus ojos. Aquel soleado día fue el más feliz de su vida. Cuando se oscureció, Luciano regresó a su casa al percatarse que su prisma no funcionaba.

Al día siguiente intentó usar el prisma en su casa, pero tampoco sirvió. El niño no entendía como el prisma podía crear un arcoíris. En la noche, mientras pensaba, notó un detalle. El prisma no servía de noche, ni tampoco en su casa, incluso si era de día. La única similitud entre la noche y su oscura casa, era que en ambas escaseaba la luz. Entonces, gritó muy alegre: "¡El prisma necesita luz para funcionar!". Enseguida, le surgió una nueva interrogante: "¿Por qué en el día hay luz y en la noche no?". Posteriormente, se preguntó cuál era la mayor diferencia entre el día y la noche y se dio cuenta de que la diferencia era que, en el día hay sol y en la noche no, puesto que hay luna. "¡Eso es, es el sol!" gritó nuevamente mientras su madre se despertaba malhumorada. Luciano llegó a la conclusión de que el sol emitía luz y que el prisma necesitaba de esta para funcionar. Pero, ¿Por qué la luz al pasar por el prisma hacía un arcoíris? Excesivamente agotado se durmió.

A la mañana siguiente, Luciano tomó la caja y leyó nuevamente la inscripción "El prisma dispersa" y reflexionó un poco... "¡El prisma dispersa la luz!" Dijo esta vez saltando. Entonces, si el pequeño arcoíris que sale del prisma tiene colores, eso significa que: "¡¡¡El prisma descompone la luz en colores!!!". Pero, ¿De qué color será la luz antes de ser dispersa?, se preguntó Luciano. Esa sería su nueva interrogante. Se le ocurrió que podría resolverla invirtiendo el proceso. La luz se descomponía en colores, entonces él debía mezclarlos para saber de qué color era originalmente la luz.





En una ocasión fue donde su vecino Marcos, quien era pintor, a pedirle que le convidara un poco de sus óleos. El aceptó. Cuando Luciano regresó a su casa, se puso a mezclar los principales colores del arcoíris. Al finalizar, resultó un color café oscuro. Aquello le pareció extraño ya que, si la luz iluminaba, ¿Por qué resultaba un color oscuro? Después fue a preguntarle a Marcos cuál era el color más claro que existía. Y este le dijo: “Es el blanco” mostrándole el color. Entonces Luciano pensó: “Tal vez la luz sea blanca...”. No muy convencido, Luciano decidió buscar otra manera de mezclar los colores. Le pidió a Marcos que le pintara algo con estos. Marcos tomó un bastidor redondo perteneciente a su madre que tenía puesto una tela. ¿Cómo quieres que los pinte? le preguntó. Luciano le explicó que debía pintarlos de manera de que cada uno de los principales colores del arcoíris ocupara el mismo espacio. Entonces, Marcos decidió dividir el bastidor circular en siete y pintó un espacio rojo, naranja, amarillo, verde, celeste, azul y morado. El niño, agradecido, regresó a su hogar donde sacudió el bastidor. Como no ocurrió nada, decidió irse a la pradera. Mientras caminaba, el bastidor se le cayó y comenzó a rodar colina abajo. Luciano, desesperado corrió tras él. Ahí se fijó que el bastidor ¡Se veía de color blanco! Después de atraparlo, volvió a su hogar. Ya, con la certitud de que el sol emitía luz y que esta era blanca y que al pasar por el prisma se descomponía en colores, los cuales la componían, Luciano decidió que debía mostrar su descubrimiento al mundo.

Cuando su madre llegó a la casa, Luciano le explicó lo que aprendió y le pidió que al día siguiente no saliera, ya que así podría quedarse de día para que él le hiciera una demostración con el prisma.

En la soleada mañana siguiente, los dos salieron y Luciano le demostró lo que hacía con el prisma. Ella quedó totalmente asombrada y le dijo: **“Eres un hacedor de arcoíris”**. Luciano después le comentó que podrían abandonar su casa e irse juntos visitando todos los pueblos del mundo mostrando el prisma. La madre, después de pensarlo mucho, aceptó. Los dos se fueron, no sin antes despedirse del pintor. Las personas llamaban a Luciano “hacedor de arcoíris” y le pedían ver el prisma funcionando numerosas veces. También le daban propina por su detallada explicación. Fue por esto, que al poco tiempo se volvió rico. Años más tarde, junto a su madre, regresó al pueblo ya que quería seguir estudiando la luz. Luciano, al llegar, se sorprendió al ver que la anciana que le había regalado el prisma estaba nuevamente ahí, sentada en la pradera, como si lo hubiese estado esperando desde el momento en que partió.

